



Gozo inefable después de tristeza inconsolable

por Dionisio Byler

Este tema se basa —sin ser lo mismo— en lo que prediqué este año el domingo de Pentecostés. Se me ocurre, sin embargo, que viene igualmente a cuento ahora en la temporada de Adviento, cuando recordamos el anhelo ferviente en el pueblo de Dios, de que por fin les llegase el Mesías prometido por los profetas de Israel.

Eran tiempos oscuros. El tirano Herodes el Grande reinaba en Judea con formas y valores grecorromanos, tutelado por el Imperio y obligado a adaptar sus políticas a las de Roma. Bien es cierto que Herodes reconstruía el Templo de Jerusalén con un esplendor y gloria que ni en tiempos de Salomón eran imaginables. Pero también construía templos paganos y un puerto nuevo, Cesarea Marítima, en honor al emperador. Un templo dedicado al divino César Augusto presidía desde las alturas la llegada de los navíos a puerto.

Es de suponer que no solamente el anciano Simeón y la viuda Ana —que nos cuenta el evangelio de Lucas — sino muchos otros judíos piadosos también, clamaban a Dios continuamente que llegase ya el Salvador.

En cuanto a Pentecostés, los 120 seguidores más íntimos de Jesús llevaban ya una montaña rusa de sentimientos encontrados en los meses previos.

El Domingo de Ramos se habían emocionado como quién más con la aclamación de su humilde rabino galileo, que cabalgaba sobre una burra aclamado a viva voz por multitudes, con hosannas y vivas al hijo de David.

Se las prometían gloriosas, se veían ya en la inauguración del eterno reino de Dios.

Pocos días después veían a Jesús juzgado por un tribunal que ya lo había condenado antes de la formalidad del juicio, condenado a la peor muerte imaginable, la tortura mortal de crueldad extrema, de la cruz reservada a esclavos rebeldes. No por ser culpable de nada, sino por pura conveniencia política para evitar altercados en las calles de Jerusalén.

Unas 60 horas después, corría entre ellos la noticia de que Jesús volvía a estar vivo, que le había visto María, que se había aparecido a dos de ellos en el camino a Emaús, que lo habían visto diez discípulos, días después once con Tomás. Encuentros fugaces en Jerusalén, en Galilea...

Y después, la desazón de su ascensión al cielo. Su dejar ya de aparecerse entre ellos en cualquier momento. Promesas, sí, de volver algún día, de enviar su Espíritu Santo para llenarlos de poder; pero ausencia al fin, que les tenía que parecer imposible de paliar con nada en el mundo.

Y entonces, como es natural, como es propio de la naturaleza humana cada vez que nos sentimos desanimados, perseguidos, atormentados de dudas o por circunstancias difíciles, en momentos trágicos o angustiosos de soledad y separación, por muerte o por distancia... Entonces, decía, clamaban los 120 con intensidad y asiduamente al Señor en oración. Se reúnen una y otra vez para elevar al cielo sus oraciones, su clamor, su petición de que otra vez su suerte tome un giro de 180 grados.

No digo nada nuevo, que no se haya observado ya mil veces, si afirmo que es especialmente en circunstancias trágicas o estresantes, cuando nos sentimos abrumados por el futuro,



También en este número:

Apacienta mis ovejas	2
¡Que venga el novio!	4
70 años de la Academia Betania	5
El evangelio de Dios	6
Diccionario: hermenéutica	8

que nos abrimos especialmente a Dios. Pero lo que vengo a proponer es que esa intensidad de clamor a Dios pareciera ser el estado de ánimo que es esencial para que Dios pueda derramar sobre su pueblo su Espíritu. Si tú buscas un Pentecostés personal, supongo que Dios te lo puede dar en cualesquier circunstancias. Pero lo más probable es que se derrame sobre ti una unción especial del Espíritu Santo, solo cuando tu petición sea urgente, intensa, apasionada, sin tregua.

Es engañoso construir teología sobre la experiencia personal, por cuanto esta es, además de personal, subjetiva. Aunque uno la viva como revelación divina, no nos proporciona la misma seguridad que lo que nos revela la Sagrada Escritura. Pero podemos, sí, poner aquí un ejemplo personal, una vez observado el principio bíblico de que el clamor intenso delante de Dios suele ser la antesala de un feliz resplandor de gracia divina.

En mis años de estudiante universitario en Estados Unidos, lejos de mi familia que vivía a la sazón en Uruguay, entré el tercer año en un ciclo de sentimientos lúgubres y difíciles, a los que no conseguía sobreponerme. A pesar de mi dedicación personal a Dios, mi conducta intachable, mi lectura de la Biblia cada día, mi participación en un grupo de estudiantes que nos reuníamos para orar, cantar coritos y estimularnos unos a otros a la vida en Cristo, mi participación asidua en la iglesia... A pesar de todo eso no conseguía quitarme del alma ese oscuro nubarrón que empañaba mi ánimo. Leyendo una mañana aquel texto donde el apóstol exhorta «Estad siempre gozosos», algo en mi interior se sublevó.

Puse llave a la puerta de mi habitación, caí de rodillas junto a mi cama, y le dije al Señor: «De aquí no me levanto hasta que no me llenes de tu gozo. ¡Que así no puedo seguir!»

No sé qué es exactamente lo que esperaba al derramarme en lágrimas ante el Señor implorando un cambio en mi estado emocional, pero desde luego lo que jamás imaginé fue lo que en realidad sucedió.

El Señor me empezó a hablar en voz alta —cualquiera diría que estaba loco, pero a mí me parece que no— y a reprocharme las muchas otras cosas que había en mi vida que eran para mí más importantes que él. Empezando por mi amiga más querida, a cuyo lado era feliz como no lo era con nadie. Nuestra relación era de amistad, de intimidad en conversación y actividades y gustos compartidos, no intimidad de pareja. Yo —bien es cierto— deseaba que nuestra relación fuese más que eso, pero ella me quería como amigo y pasaba horas conmigo como amigo. Y me dejaba claro que nunca habría más que eso.

Hubo que entregarle al Señor, con lágrimas y bastante resistencia de mi parte, todo ese entramado complejo de sentimientos frustrados típicos de todo joven en cuanto a intensidad, aunque cada joven lo vive como un mundo único, que nadie jamás ha vivido antes ni nadie en el mundo podría comprender. El caso es que el Señor me acusó de idolatría, de idolatrar a esa amiga, y me dejó claro que la única manera de vivir gozoso era renunciar a mi ídolo.

Con llantos renuncié a esa idolatría, pero ese no era más que el principio.

Una por una, el Señor me fue mostrando todas las cosas que había en mi vida, que por importarme más que lo que me importaba Dios, venían a constituir en mi vida idolatría. Yo, que me creía un buen joven cristiano evangélico, ¡vaya antro de ídolos era mi corazón! ¡Cuándo no esa oscuridad del alma, esa ausencia del gozo del Señor! Renunciar a cada uno de esos ídolos, uno a la vez, me partía el alma y más me deshacía yo en lágrimas.

No sé cuánto tiempo estuve así. Si media hora o tres horas. Hasta que al fin la voz del Señor ya no tenía más ídolos que reprocharme y su silencio me dejó en paz.

Entonces ya no había estorbo en mi corazón al derramamiento del gozo del Señor. La única manera que podría describir ese gozo inefable, indescriptible, es como se lo expliqué a alguien esa misma tarde. Era como si hubiera estado viviendo en blanco y negro y de repente empezaba a ver en color. De hecho, recuerdo que me maravillaba la belleza y luminosidad de todos los colores que veía. Tenía ojos nuevos; era capaz de reír de alegría porque todo lo que veía me parecía de una hermosura increíble. No sé si mis pies tocaban el suelo. Me parece que esos días a continuación flotaba en el aire. Si loco antes —cuando oía en voz alta la voz del Señor— rematadamente loco ahora, pero de felicidad.

¡Gozo inefable como el día de Pentecostés!

Prepáremos nuestros corazones, esta temporada de Adviento, para recordar la luz admirable que alumbró a la humanidad y cambió nuestras lágrimas en carcajada.

Renovación 2027. Perfil histórico

Apacienta mis ovejas

por Paul Gunawan [Comunicado de prensa, CMM]

Esta es la historia de cómo es que Tee Siem Tat (1872-1940) y su esposa, Sie Djoen Nio (1875-1962) fueron transformados por el Espíritu Santo y fundaron la iglesia Gereja Kristen

Muria Indonesia (GKMI).

Tee Siem Tat era un empresario de mucho éxito en Kudus, Java Central. Presidía una imprenta importante

llamada Sam Hoo Kongsí, propiedad suya y de un socio. La compañía iba muy bien y hacía trabajos para diferentes agencias del gobierno, para compañías privadas y para escuelas.



Tee Siem Tat (izda.) y Sie Djoen Nio, los fundadores de GKMI.

Sanación

En 1917, Tee Siem Tat enfermó de gravedad. Acudió a nigromantes y a *klangtengk* (templos confucianos) y también probó la medicina moderna de los médicos llegados desde Países Bajos. Nada le daba resultado.

Se sintió desesperado.

Sie Djoen Nio recordó las historias que había leído en una Biblia en idioma malayo que había recibido de una tía en Yogyakarta. A Sie Djoen Nio le entusiasmaba leer la Biblia. Se sentía muy impresionada por la persona de Jesús: su sacrificio en la cruz, sus milagros.

«¿No podrá, acaso, sanar Jesús a mi marido?» Sie Djoen Nio habló con su esposo. Se decidieron a pedir la ayuda que cuenta la Biblia. Pero, ¿a quién pedirselo?

Se acordaron de su tío Oei Biauwan, que sabía algo acerca del cristianismo. Oei Biauwan los presentó al teniente Tanuhatu, un oficial del Ejército de Salvación que vivía en Rembang. El teniente Tnuhatsu acudió de buena gana a la casa de Tee Siem Tat en Kudus muchas veces, para instruirles acerca del cristianismo.

Tee Siem Tat quiso conocer a Jesús. Su fe se fortaleció. A la par, sus temores y su enfermedad desaparecieron. ¡Tee Siem Tat se había sanado!

Conexión con los menonitas

Tee Siem Tat leía la Biblia diligentemente e intensamente. Asistía a los cultos en la iglesia del Ejército de Salvación en Rembang, e invitó al teniente Tanuhatu a venir a enseñar a sus amigos acerca de la Biblia.

Sin embargo al fin Tee Siem Tat acabó discrepando con esa iglesia por sus prácticas respecto al bautismo y su adopción de formas y estructuras de tipo militar. Se acercó a los Adventistas del Séptimo Día, pero discrepaba con ellos por su adhesión a la legislación del Antiguo Testamento. Entonces se acercó a la Misión Salatiga, pero discrepaba con ellos sobre el bautismo de bebés.

Por fin Tee Siem Tat se acercó a las misiones menonitas en Jepara, Pati y Tayu. No tardó en convencerse que la enseñanza de los menonitas encajaba a la perfección con sus ideas.

Así es como el 6 de diciembre de 1920, Tee Siem Tat celebró un bautismo para 25 creyentes nuevos en su casa en Kudus. Predicó Leonard Silalily, ofició los bautismos Nicolai Thiessen, y Johann Hubert pronunció una oración por los niños. Así es como nació la Iglesia Cristiana Muria de Indonesia, es decir la *Gereja Kristen Muria Indonesia* (GKMI).

Desde entonces GKMI se ha extendido desde las laderas del Monte Muria (las poblaciones de Kudus, Jepara, Bangsri, Welehan, etc.), a Java Central y a todo el archipiélago de Indonesia. Hoy son 61 las iglesias establecidas, y los puntos de misión se cuentan en centenares a lo ancho de Indonesia.

Estrategia evangelizadora

Tee Siem Tat basó su estrategia evangelizadora en Hechos 1,8: «Pero recibiréis poder en cuanto venga sobre vosotros el Espíritu Santo, y seréis testigos de mí en Jerusalén —la parentela más íntima: esposo/esposa, hijos, yernos y nueras, nietos), y en toda Judea —la parentela más amplia — y Samaría y hasta lo último de la tierra —amistades, compañeros de trabajo, contactos de negocios, y en fin, todos los que no conocen a Jesús—».

A pesar de ser cristianos nuevos, Tee Siem Tat y sus amistades tenían un espíritu inmenso para la expansión del evangelio. Empleando el idioma javanés-malayo, fueron aceptados sin distinción de fronteras étnicas. También eran conocidos como personas que llevaban bien sus negocios y como un ejemplo saludable para la vida en general.

En su servicio a los pobres y necesitados, Tee Siem Tat se ciñó al principio que recogió de Mateo 10,8: «... gratis habéis recibido, gratis dad».

Últimas palabras

En su lecho de muerte, Tee Siem Tat llamó a sus hijos, Tee Yan Poen y Tee Yan Siang, y a su yerno, Tam King Ien. Para ellos fueron sus últimas palabras: *Djagalah anak kambing koe* («Apacienta mis ovejas», Juan 21,15, en el antiguo idioma Bahasa).



Muchas personas acudieron a honrar al fundador de la iglesia GKMI, Tee Siem Tat, cuando su funeral.



Dedicación de la iglesia GKMI en Pati, junio de 1940.

Su nieto, el reverendo Herman Tan, cree que estas últimas palabras pretendían que sus hijos, sus yernos y nueras, sus nietos y todas las generaciones posteriores, se mantuviesen fieles a la perspectiva *Doopsgezind* (menonita).

—Paul Gunawan es un escritor y editor veterano en GKMI. Traducido para *El Mensajero* de la traducción al inglés: original en la lengua Bahasa de Indonesia.

—Si tiene interés en leer más acerca de las iglesias anabautistas en Indonesia (que es donde se celebrará la próxima Asamblea General del Congreso Mundial Menonita, en 2021), tiene unas 120 páginas de lectura amena en el tomo sobre Asia de la [Historia Menonita Mundial](#) (Ediciones Biblioteca Menno).

¡Que venga el novio!

por J. Nelson Kraybill

Las bodas palestinas pueden durar una semana entera, durante la que la familia y los amigos celebran diferentes rondas de festejos anticipados. Cuando por fin llega el día para los votos, se congregan los hombres en la casa del novio para una última celebración antes de llevarle donde hará sus promesas.

Me crucé con una boda en Cisjordania, al norte de Jerusalén, justo en ese momento. El pueblo entero era una conglomeración jubilosa. Los hombres, batiendo palmas y riendo, rodeaban al novio en una callejuela estrecha mientras salían a la calle principal. Me acerqué a pie y todo el mundo me animó con señales a que me sumase al jolgorio. El novio y el padrino iban alzados en hombros, con los brazos en alto. ¡Música! ¡Tambores! ¡Danza!

En otro lugar la familia y amigas preparaban y adornaban a la novia. Cuando la pareja son palestinos cristianos la familia del novio —sin el novio— trae la novia a la iglesia, donde todos esperan la llegada del novio y la ceremonia culminante. Una vez intercambiados los votos, el ritual solemne da lugar otra vez a la celebración, con hummus, baba ghanoush, falafel, hojas de parra rellenas, tab-

bouleh, pan de pita, arroz, cordero, tarta nupcial... Y más danzas.

Las bodas son eventos inmensos en la cultura del Oriente Medio, y la familia se juega su reputación. Cuando no Jesús cambió el agua en vino en los festejos de la boda de Caná. La familia estaba obligada a mostrarse generosa pero estaba por verse con la humillación de copas vacías.

El reino de los cielos será como diez jóvenes que tenían la responsabilidad de alumbrar con sus lámparas la procesión de la llegada del novio, según cuenta Jesús (Mt 25). Cinco fueron sabias y se proveyeron de aceite suficiente para mantener encendidas sus lámparas; otras cinco fueron insensatas y no se prepararon adecuadamente. La llegada del novio se demoró hasta la medianoche y las insensatas salieron disparadas a comprar aceite. Para cuando regresaron, la fiesta ya estaba en marcha y las puertas cerradas.

¿Qué es lo que significa para nosotros estar preparados para la cena de las bodas del Cordero, cuando Cristo va a traer justicia y salvación al mundo? ¿Podemos avanzar más allá de obsesionarnos con un presunto «raptó» y fantasías acerca de Armagedón y el fin del mundo, y poder



darnos cuenta que Dios quiere traernos un cielo nuevo y una tierra nueva donde prevalecerán el *shalom* o *salam*? ¿Nos hemos enterado que lo que se exige es que empecemos a vivir ya esa paz futura?

Cuando Juan de Patmos describe el fin de la era presente como una boda, la iglesia se representa como una novia vestida de lino fino, puro y resplandeciente. El lino es «las obras de justicia de los santos» (Ap 19,8). Nosotros, mortales pecadores que somos, no nos podemos ganar la salvación; pero nuestras obras revelan cuál es nuestra condición espiritual. Después de contar la historia sobre las jóvenes y la boda, Jesús procedió a comparar la llegada del reino de los cielos a un propietario que delegó en sus siervos su bienes mientras se ausentaba por un viaje. A su regreso el propietario castiga a los siervos que han administrado malamente esos caudales. Y bien, ¿qué podemos decir en cuanto a cómo gestionamos el planeta que está a nuestro cargo?

Tal vez el Novio ya esté presente en el mundo presente: como un inmigrante, como una familia monoparental, como alguien en Cisjordania que le han arrebatado sus tierras y su casa, como un refugiado de las guerras que las superpotencias se cuidan mucho de pelear en sus propios países. Cuando el juicio final, según Jesús, habrá «cabras» que se extrañarán de tener por delante el castigo eterno y protestarán: «¡Señor! ¿Cuándo te hemos visto con hambre o sed o extranjero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no atendimos a tus necesidades?» (Mt 25,44).

Ven, Señor Jesús, y enséñanos la justicia, para que estemos preparados cuando llegues.

—Este artículo apareció, en inglés, en el blog del autor: peace-pilgrim.com. Traducido y reproducido con permiso.



La Academia Menonita Betania, en Puerto Rico, celebra 70 años

por Keyla Berkey [Comunicado de la Red Menonita de Misión]

Aibonito (Puerto Rico), 6 de nov. — Los alumnos y sus familias, con amigos y visitantes de la Agencia Menonita de Educación (AME) de EEUU y la Red Menonita de Misión se agolparon en el perímetro de la cancha de baloncesto de la Academia Menonita Betania el sábado 27 de octubre, para ver números de música y danza en celebración del 70 aniversario de la escuela. Las festividades incluyeron un castillo hinchable donde dar brincos los niños, natación, y por último una comida con un cerdo asado para todos los asistentes.

Betania es un colegio que incluye desde preescolar hasta el curso 9º de educación, está afiliado con AME y asociado a la Red de Misión. Pasó hace un año la efeméride 70, pero hubo de posponer hasta ahora la celebración por causa del Huracán María que devastó Puerto Rico el 20 de septiembre de 2017.

—Podemos celebrar el que Betania siga abierto —dijo Antonio Zayas, el director del centro—. A pesar de lo que ha costado, seguimos funcionando.

AME y la Red de Misión mantuvieron en Betania las reuniones trimestrales de sus respectivas juntas los días 26-27 de octubre, y varios de los miembros de esas juntas, con sus cónyuges, llegaron varios días antes de las reuniones para un voluntariado en la rehabilitación del Edificio Ana

K. Massanari, cuyo tejado voló durante el huracán. *Mennonite Disaster Service* (Servicio Menonita ante Desastres) había completado la instalación de un tejado nuevo a principios de octubre, y los voluntarios de AME y la Red de Misión estuvieron una semana raspando y pintando paredes y techos que habían sufrido deterioro por la lluvia durante un año sin tejado. También ayudaron a levantar una pared para la creación de un aula adicional.

—El trabajo de esta semana aumenta mi esperanza que para el próximo período escolar podamos reabrir el edificio —dijo Zayas—. Me ha sorprendido que estas personas se decidieran a llegar antes de sus reuniones para prestar ayuda a la escuela.

Los esfuerzos para recuperarse del Huracán María han progresado con lentitud en todo Puerto Rico. Muchas personas han tenido que esperar durante meses la llegada de electricidad, un techo adecuado, y una correcta atención médica. Entre tanto, inmediatamente después del huracán, Betania estuvo cerrado durante tres semanas, para abrir por fin pero sin electricidad ni agua, y aceptando que asistiesen los alumnos aunque muchas de las familias ya no podían pagar sus cuotas.

—Es importante tener en cuenta el nivel de trauma emocional que padeció la gente con el huracán —explicó Carlos Romero, hoy director ejecutivo

de AME, que ejerció de director de Betania entre 1985 y 1990—. Se hace difícil abordar reparaciones para largo plazo a la vez que se lucha por sobrevivir. Me sorprende todo lo que ha conseguido esta escuela en un solo año.

AME y la Red de Misión recaudaron fondos conjuntamente para Betania en octubre de 2017, consiguiendo donar más de 180.000 dólares a la escuela. Parte del dinero se ha empleado en sustituir equipamiento deteriorado y en la compra de materiales para el Edificio Ana K. Massanari. Según Zayas, lo que queda se destinará a amueblar y equipar el edificio, que ahora mismo está vacío.

La Red de Misión aportó voluntarios este año para apoyar al equipo docente y de gestión de la escuela. También colaboraron con fondos y voluntarios otras agencias menonitas.

—Me siento afortunado por haber podido conocer la escuela, la comunidad y la gente —dijo Wil LaVeist, uno de los voluntarios de la Red de Misión que estuvo en Betania cuando estas reuniones—. La asociación entre la Red de Misión y la Academia Menonita Betania continúa siendo beneficiosa para ambas partes.

Otro edificio de Betania sufrió daños irreparables, según Zayas. Él espera que sea posible derribarlo y construir un edificio con aulas para las clases de secundaria, y así poder completar los años de educación que brinda la escuela.

—El edificio que ahora estamos trabajando para recuperar, tardó años en construirse porque la escuela tuvo que ir agrandándolo lentamente según llegaban fondos —explicó—. Esa es la realidad que vive la gente. Los medios económicos para construir algo son muy limitados.

Zayas solicita oración por el equipo docente y que siga aumentando el alumnado. «Es un centro bueno para estos chicos —opinó—. Aquí están contentos».

Ahora entiendo el evangelio (22/24)

El evangelio de Dios

por Antonio González

En varias ocasiones, la Escritura designa a las buenas noticias como «evangelio de Dios» (Mc 1,14; Ro 1,1; 15,16; 2 Co 11,7; 1 Ts 2,8-9; 1 Pe 4,17). Ya hemos visto lo que esta expresión significa de manera estricta: son las buenas noticias de que Dios viene a reinar. Ahora bien, al hablarnos de que Dios viene a reinar, el evangelio nos habla de Dios mismo, y que nos habla de Él de una manera tal que pueda considerarse como una buena noticia. Veamos esto más despacio.

1. La revelación de Dios

En el evangelio se revela la justicia de Dios, tal como vimos. Pero, al revelarse la justicia de Dios, Dios mismo se revela. En los relatos del Antiguo Pacto, Dios asumía ciertos roles relacionados con la opresión, precisamente para excluirlos de su pueblo.

Así, por ejemplo, en la medida en que Dios asumía las funciones de un guerrero, podía liberar a su pueblo sin que éste disparara una sola flecha (Ex 14,14), y podía pedir a su pueblo que no tuviera un ejército grande ni permanente (Dt 17,16). En la misma perspectiva, la idea de Dios como verdadero Amo de su pueblo fue el motivo para limitar la esclavitud en Israel, convirtiéndola en una especie de seguro de desempleo (Lv 25,35-55). Del mismo modo, la idea de que Dios era el Rey de Israel impedía la introducción de la monarquía en Israel. Precisamente por ello, la configuración de Israel como un estado fue interpretada por Dios mismo, a través del profeta Samuel, como un rechazo expreso de su gobierno directo sobre Israel (1 S 8,7).

El efecto de esta asunción por Dios de los roles de dominio se distancia de lo que suele suceder en los mitos. En ellos, el que la divinidad sea Rey suele ser una legitimación de los reyes. Si Dios es entendido como un amo, esto implica una legitimación de los amos. Los reyes, amos, guerreros, etc., serían reflejos terrenos de los poderes

celestiales. En Israel sucede justamente lo contrario: por el carácter exclusivo y directo de la relación de Dios con su pueblo, el dominio de Dios tiene por efecto la crítica, la exclusión o la reducción de toda otra forma de dominación, con la consiguiente idea de Israel como un pueblo igualitario y fraterno.

En Jesús encontramos la continuación del mismo proceso. Cuando Jesús presenta a Dios como Padre en sus parábolas, precisamente apunta a la exclusión del patriarcado entre sus discípulos, para formar una comunidad en la que no hay padres, y en la que a nadie se le llama de esa manera (Mc 10,29-30; Mt 23,9). Del mismo modo, la imagen de Dios como terrateniente, en las parábolas de Jesús, tiene la función de criticar a los terratenientes se han apropiado de la tierra, a los cuales el verdadero propietario vendrá a pedir cuentas (Mc 12,1-12).

Ahora bien, con todo esto, Dios sigue asumiendo, también en el mensaje de Jesús, roles de dominio. Sin embargo, algo maravilloso sucede cuando el evangelio proclama que Dios estaba en el Mesías reconciliando el mundo consigo (2 Cor 5,19). Porque si en Jesús habitaba corporalmente la plenitud de la divinidad (Col 2,9), entonces en Jesús se ha revelado qué significa verdaderamente ser Rey, ser Amo, ser Guerrero, ser Terrateniente, ser Padre, etc. En Jesús tenemos un Rey que sirve, un Amo que se hace esclavo, un Guerrero que renuncia a la violencia, etc.

La imagen de Dios cambia definitivamente. La revelación progresiva de Dios significa que a Dios nadie lo ha visto jamás en su verdadera realidad, hasta su revelación plena en Jesús (Jn 1,18). Todas las imágenes de Dios que encontramos en el Antiguo Pacto, y todas las imágenes de Dios presentes en las filosofías o en las religiones, tienen que ser contrastadas con la revelación de Dios en Jesús.

No es que primero sepamos ya quién es Dios, y luego Jesús venga a encajar en ese esquema. Más bien se



Por el carácter exclusivo y directo de la relación de Dios con su pueblo, el dominio de Dios tiene por efecto la crítica, la exclusión o la reducción de toda otra forma de dominación, con la consiguiente idea de Israel como un pueblo igualitario y fraterno.

trata de que, si Dios se identificó con Jesús, entonces Jesús mismo es la Palabra definitiva de Dios, su Verbo o *Lógos*. Y esto significa que todas las demás palabras de Dios y sobre Dios, tienen que ser corregidas a la luz de lo que se ha manifestado en Jesús.

Si Dios se identificó con Jesús, ahora sabemos lo que significa verdaderamente ser Dios. Dios es amor. El evangelio de Dios nos anuncia que Dios es amor (1 Jn 4,16).

2. El Dios trino

La palabra «Trinidad» no aparece explícitamente en los textos del Nuevo Pacto, sino que fue introducida más tarde en el cristianismo. Sin embargo, en el Nuevo Pacto no faltan expresiones trinitarias, que se refieren solemnemente a Dios como Padre, Hijo, y Espíritu, lo que sugiere que estamos un modo usual y solemne de referirse a Dios en el cristianismo primitivo (Mt 27,19; 2 Co 13,14). ¿Cómo se puede entender esto?

A veces se señala que la Trinidad es un misterio, que no se puede comprender, porque consistiría en una especie de identidad entre el Uno y el Tres que iría contra todas las leyes de

la matemática o de la lógica. Sin embargo, este modo de pensar olvida que no estamos ante un problema de matemáticas o de lógica. Se trata del misterio de Dios. Dios es misterioso porque no puede ser abarcado por los conceptos humanos.

En realidad, toda persona, incluso las personas finitas que somos nosotros, no puede ser conocida si no se da a conocer. Mucho más en el caso de Dios. Ahora bien, el Dios oculto (Is 45,15) se ha manifestado. El misterio oculto por las generaciones se ha revelado en Jesús (Ro 16,25; Col 1,26-27). Y, si Dios se ha revelado, se ha revelado a los seres humanos, haciéndose de alguna manera accesible.

No es que nosotros podamos conocer a Dios por nuestros propios esfuerzos intelectuales. Lo que sucede es que Dios se ha revelado, y por medio de su Espíritu, podemos entonces conocerle de una manera directa y personal. El Espíritu de Dios, derramado en nuestros corazones, es Dios mismo, que nos sitúa en la intimidad más directa con lo más profundo y personal de Dios (1 Co 2,1-16).

Desde el principio, Dios se había revelado como Espíritu (Gn 1,2; Jn

4,24). Sin embargo, ahora sabemos que ese Espíritu, derramado en nuestros corazones, nos inserta en la misma relación personal de Jesús con el Padre. Es el Espíritu que, en nosotros, como en Jesús, clama «Abba, Padre» (Mc 14,36; Ro 8,15; Gal 4,6).

Dios es Hijo, porque Dios ha querido, desde toda la eternidad, vivir una vida humana, la vida de Jesús. De este modo, la humanidad pertenece a la misma realidad de lo que Dios ha querido para sí mismo eternamente. Y este Dios se ha entregado por nosotros en Jesús, hasta la muerte, y muerte de cruz. Dios mismo ha querido, sin dejar de ser Dios, experimentar el abandono de Dios (Mc 15,34), solidariándose con todos los presuntamente abandonados por Dios.

Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien no deja de hacer salir el sol sobre justos y pecadores, esperando a la humanidad entera como un Padre espera al hijo perdido y hallado de nuevo. Dios es el Padre que nos amó en Cristo, el Padre que nos ha adoptado como hermanos de Jesús, y que nos recibe en la familia misma de la Trinidad, derramando su amor en nuestros corazones.

3. Para la reflexión

- Lee Flp 2:5-11
- ¿Qué nos dice este texto sobre Dios mismo?
- ¿Qué ideas sobre Dios detectas en tu ambiente que contradicen al Dios manifestado en Jesús?
- ¿Qué ideas de Dios han sido dañinas para ti mismo en el pasado?

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

hermenéutica — Palabra de origen griego, que significa «interpretación». Para los efectos que nos interesa, se emplea en la frase «hermenéutica bíblica», que sería la ciencia —o arte, o don del Espíritu— de la interpretación de la Biblia.

El Nuevo Testamento griego emplea el término en el sentido de «traducción», cuando aclara el sentido en griego de un vocablo o una frase en lengua hebrea o aramea que se ha citado literalmente: «Simón, hijo de Juan, a ti te conocerán como Cefas, que significa (*hermenéuetai*) Pedro» (Jn 1,42).

Esto nos señala la primera y más primordial de las labores de la disciplina de «hermenéutica bíblica», que es la comprensión y traducción adecuada de los textos bíblicos en sus idiomas originales:

- Hebreo para casi todo el Antiguo Testamento.
- Arameo para el libro de Daniel, la correspondencia real en Esdras y Nehemías, algún versículo adicional del Antiguo Testamento, y algunas expresiones del Nuevo.
- Griego para el Nuevo Testamento y para la versión Septuaginta (antiquísima, anterior al cristianismo) del Antiguo.

Para la inmensa mayoría de los cristianos y de los predicadores, esta parte principal y primera de la hermenéutica bíblica ya nos viene hecha en las traducciones disponibles a los idiomas modernos. En castellano, además, gozamos de una multitud tal vez apabullante de traducciones muy competentes. Cotejando entre ellas, es difícil que se nos escapen las diversas formas como sería posible entender las expresiones que venían en las lenguas de origen.

Un segundo paso esencial para la hermenéutica bíblica es el estudio de todos los elementos disponibles para *contextualizar* cualquier pasaje de la Biblia. La importancia de situarnos en el contexto donde y para el que se ha escrito, nos la indicaría un pequeño ejercicio de imaginación:

Supongamos que por algún arte imaginario alguien en 2010 hubiera

podido leer un periódico de cualquier día de este año 2018. ¿Cómo iban a poder entender e interpretar la aparición, en cualquier periódico en lengua castellana, de la palabra catalana *procés*? Aunque supieran la traducción correcta de la palabra en sí, lo que significa ese término en la política de estos últimos años requiere conocer el contexto político e histórico donde el término se está empleando. Desconocerlo llevaría a todo tipo de especulación frívola (y equivocada).

De ahí que haya especialistas del estudio bíblico en las facultades de teología cristiana, que se dedican a aprender todo lo que sea posible acerca de la historia, la política, las guerras, las técnicas de explotación agropecuaria, las religiones, e innumerables detalles de la vida cotidiana del último milenio antes de Cristo y el primer siglo después de Cristo. Es una labor apasionante, que muchas veces se ve recompensada con descubrimientos harto esclarecedores.

El contexto no es solamente histórico, sino también literario. Y para esto, nada mejor que leer y releer continua y reiteradamente la Biblia entera, desde Génesis hasta Apocalipsis. Hay expresiones y costumbres que según vamos observando cómo funcionan y el significado que se les atribuye según vuelven a aparecer una y otra vez a lo largo de la Biblia, se van entendiendo en su amplitud, así como en la particularidad de cada texto donde aparece. Palabras como «cordero», «sacrificio» y «altar», por ejemplo, especialmente cuando se relacionan entre sí. O «salvación» y «salvador», o «redención» y «redimir». Todas palabras corrientes en castellano, pero cuyo empleo especializado a lo largo de la Biblia se puede conocer con la propia lectura habitual de la Biblia entera.

Este cometido —el de leer asidua y reiteradamente la Biblia entera— es especialmente grato y habitual como disciplina espiritual en el pueblo cristiano, y ayuda muchísimo a saber cómo interpretar la propia Biblia cuanto más nos la vayamos aprendiendo.

Y por último tenemos el engranaje del significado de la Biblia con la vida y espiritualidad de los creyentes cristianos. Aquí entramos en un territorio por una parte magnífico y lleno de gracia divina, donde el Espíritu puede poner en el corazón de cualquier cristiano una idea y un convencimiento que entiende como revelación o mandamiento personal para él o ella. Pero es por otra parte una dinámica peligrosa, donde desde la ignorancia de los otros aspectos de la *hermenéutica* que venimos explicando, los creyentes podemos llegar a conclusiones francamente dispartadas.

Esto requiere a la vez fe y humildad. Humildad para reconocer las limitaciones de nuestro conocimiento *hermenéutico* y aceptar que otros, con mayor experiencia y estudio bíblico, nos puedan corregir si nos equivocamos. Pero también fe en la capacidad del Espíritu para «hablarnos» personalmente en la lectura de la Biblia a pesar de nuestra ignorancia.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

Barrio El Jurrio 34C, Portal 8, Bajo C
39612 Parbayón (Cantabria)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

www.menonitas.org